

EL NUEVO

Sucesos

M.R.

1565 - Junio 10



En este número las más completas informaciones y gráficos de los acontecimientos desarrollados alrededor de la implantación en Chile de la República Socialista.

Una pareja de cesantes sale de la Caja de Crédito Popular, después de haber rescatado gratuitamente sus prendas. (Vea información).

40
CTS.



LA DEVOLUCION DE PRENDAS EN LA CAJA DE CREDITO POPULAR

El nuevo Gobierno que ha enarbolado, entre sus manos férreas, la bandera del socialismo, en primer término ha acudido a poner fin a esa oprobiosa situación, que constituía una lección de espantosa crueldad e indiferencia humanas. Sus primeras disposiciones son terminantes. Nadie dormirá a cielo raso. Los hombres, las mujeres y los niños pobres tendrán un techo bajo el cual cobijarse. Y se devolverá a los cesantes las prendas empeñadas en la Caja de Crédito Popular.

Hemos ido a presenciar el espectáculo de la devolución de esas prendas.

Una inmensa multitud apiñada a las puertas de la Caja. Gente de todas las clases sociales. Señoritas. Ancianas, altivas y bellas ancianas que, en las postrimerías de una vejez doliente, hubieron de empeñar, ¡sabe Dios qué cosas! para comer. Si para comer. La marejada del hambre ya había llegado hasta la garganta de la clase media. Y estaba poniendo una equívoca blancura en el cuello del padre de familia. De ese padre de familia que muchas noches se acostó pensando en que al otro día no habría nada que echar a la olla. ¿Nada? ¡Oh! Aún quedaba algo por empeñar. ¿Qué? Cualquiera cosa. Y con el paquetito bajo el brazo caminó muy de mañana a dejar el abrigo o los zapatos nuevos o la

La primera máquina de coser que ha devuelto la Caja de Crédito Popular. Su dueña es la señora Carmen de Sepúlveda, que aparece en esta fotografía.

Habíamos alzado nuestra voz con dolida frente a la afrentosa miseria en que se debatía nuestro pueblo. En más de una ocasión, clamamos misericordia para los que, sin pan y sin abrigo, dormían bajo la cárdena luz de las estrellas. Era irritante el espectáculo de un pueblo que, sin esperanzas de mejores días, vagaba famélico y desmoralizado con el trágico tarro de la cesantía bajo el brazo. De puerta en puerta. Andrajoso. Muerto de espanto.

El caer de las hojas anunció la llegada del otoño. Los álamos se vistieron de oro y bajo la primera lluvia vimos a hombres, mujeres y niños llorar de desesperación. Y eso iba a continuar.

Grupo de personas esperando el visto bueno para retirar sus prendas.

camisa de seda (resto de una pasada opulencia), a la casa de empeño.

Y así, lectores, esos estantes se transformaron en almacenes del drama. Del oscuro y sombrío drama cotidiano. Nosotros los observamos. Cada prenda tenía su historia. Una historia muda y pavorosa.

¿Queréis conocerlo? Oíd.

Aquí está la señora Carmen de Sepúlveda. Poco falta para que grite y cante y salte de alegría. Nos mira.

—¡Ah!, periodistas — nos dice — pues sépanlo. Yo...

Y nos cuenta su historia.

Hace tres años que tenía empeñada su má-

Contentos, satisfechos envuelven sus prendas, felices de haber recuperado lo que ellos ya consideraban perdido para siempre.

quina de coser. Con ella se ganaba el pan. Trabajaba desesperadamente, porque su marido estaba enfermo. El pobre hombre veía cómo el hambre hacía grotescas piruetas en torno de su lecho. Su mujer, la señora Carmen, lo oía de noche mantener rabiosos diálogos con la mala suerte. El insomnio lo hacía revolcarse en la cama. Y ella, trabaja que trabaja. Pero la situación se hacía cada vez más insostenible. Hasta que...

—Tuve — nos dice — que empeñar mi máquina, ¿qué hacía? No había más remedio. La traje al Crédito Popular.

Carmen de Sepúlveda mira su máquina. La mira como las madres miran al hijo andariego que un día llega a la casa. La mira con ternura con tanta ternura, que de repente parece que se fuera a echar encima de ella para comérsela a besos.

—Anoche — nos agrega — no he dormido pensando en que volvería a tener mi máquina. Una — prosigue — se encariña tanto con las cosas que cuando vuelve a recuperarlas nos parece un sueño. Ahora trabajaré en mi casa y ya verán ustedes cómo ligerito me repongo. Si ustedes quieren hacerme el favor, digan en "El Nuevo Sucesos" que yo, Carmen de Sepúlveda, agradezco de todo corazón la iniciativa de este Gobierno y que no me cansaré de hacerle propaganda, porque es el primer Gobierno que se acuerda efectivamente de los pobres.

Juan David González y Marta Krammer vienen saliendo con un gran paquete bajo el brazo.

—Es la ropa de cama — nos dice ella — la habíamos empeñado, porque tanto mi marido como yo hace más de dos años que estamos cesantes.

Toma la palabra el hombre y nos dice.

—Yo, señores, trabajaba en las salitreras. Ganaba treinta pesos diarios. Cuando se formó la Co-sach, el trabajo empezó a ponerse malo. Me vine al sur. Trabajé en El Teniente, pero luego me despidieron. Entonces con mi mujer y mi hijito, empecé una verdadera peregrinación en busca de trabajo. Fué inútil. Llegó el día en que nos faltó plata

hasta para comer. ¡Qué de cosas! Llegamos hasta empeñar la ropa con que nos tapábamos. Ella — y nos muestra a su mujer — conoce la inclemencia del frío. Nuestro hijo también. Despertaba de noche y nosotros teníamos que cubrirlo con nuestro cuerpo para que no llorara. Por eso yo agradezco al nuevo Gobierno esta feliz iniciativa. Se ve que al fin vamos a tener mandatarios que hagan algo efectivo a favor de los que hemos tenido la desgracia de nacer pobres.

Entran y salen hombres y mujeres cargados de sendos paquetes. Rien. Están contentos y agradecidos. Hemos oído frases que dicen hasta qué punto ha sido beneficiosa esta devolución de prendas.

Claro que hay también detalles sabrosos. Viejecitas valetudinarias que van en busca de los más estafalarios objetos. ¿Y qué decir de esa señorita que, con visible rubor, va a retirar prendas de una intimidad tal que todos los presentes se sonríen?

—Restos de pasada opulencia — dice alguien.

La señorita se sonroja y, con manos temblorosas, hace precipitadamente un envoltorio. Sale.

Un rotito dice:

—¡Pisch!, Se armó la galla con su combinación...

Risas. En el ajeteo de los que vienen y se van triunfa la alegría. Todos llevan sus paquetes. Casi siempre de ropa.

Y pensamos que esta noche serán muchos los niños que, después de largo tiempo, dormirán sin sentir en sus carnes la mordedura del frío. Muchas las mujeres que desde mañana empezarán a coser en esa máquina que costó tantos desvelos comprar y que estuvo a punto de porderse para siempre.

Y esto, y el hecho de que el Gobierno esté empeñado en hacer justicia y en salvar del hambre a tantos y tantos hombres, es mérito suficiente para hacer votos por la prosperidad del nuevo régimen.